

Alfonso M. Escudero

## El Poema del Cid

1. Cantares de gesta españoles. Verismo de la épica hispánica.—2. Las *chansons de geste*.—3. Forma y castellanismo de los cantares de gesta.—4. El Cid en la historia.—5. El Cid, tema literario.—6. Datos externos sobre el Poema del Cid. El trabajo de don Ramón Menéndez Pidal y otros eruditos.—7. Quién fué el autor del poema y de dónde era.—8. Cuándo lo escribió.—9. El Cid, carácter épico.—10. Historicidad de los principales personajes del poema.—11. Descendencia del Cid.—12. Verismo fundamental del poema.—13. Desvíos de lo histórico. Simplificaciones.—14. Originalidad del poema.—15. Detalles de técnica.—16. Gradualidad.—17. Unidad y variedad.—18. Pintura física y pintura psicológica.—19. Ausencia de lo maravilloso.—20. Vitalismo.—21. Sobriedad. Ascetismo artístico.—22. Lo narrativo, lo dramático y lo lírico.—23. Figuras femeninas.—24. Nacionalismo.—25. Trascendencia. El *Poema de mío Cid*, gran obra.

1. De acuerdo con la costumbre europea de cantar a sus héroes, desde los siglos X y XI se componen en España poemas—unos breves y otros de alguna extensión—sobre algunos personajes y sucesos.

Esos poemas se llamaron *gestas*, voz que, después de significar la hazaña realizada, pasó a designar el cantar en honor de esa hazaña.

Lista de esas *gestas*, por orden cronológico de temas:

El rey Rodrigo y la hija del conde don Julián;  
Mainete;  
Roncesvalles;  
Bernardo del Carpio;  
el conde Fernán González;  
la condesa traidora;  
los infantes de Lara—varias versiones—;  
romanz del infant García;  
Ramiro y García, hijos de Sancho García el Mayor;  
el rey don Fernando y la repartición de los reinos;  
Sancho el Fuerte y el cerco de Zamora;  
la mora Zaida;  
poema de mío Cid;  
mocedades de Rodrigo;  
peregrinación del rey de Francia;  
el abad don Juan de Montemayor.

Esos poemas se componían, en general, a corta distancia de los sucesos tratados. Y la tendencia a tratar asuntos cercanos en el tiempo es un carácter hispánico documentable desde Lucano hasta Camoens y Ercilla, pasando por los autores de las *gestas* medievales.

Esta coetaneidad, o por lo menos proximidad en el tiempo, impone una fabulación verista, historicista.

Por eso, «el verismo de la épica española fué apreciado como utilizable por los historiadores de todos los tiempos. Lucano fué tomado como fuente histórica desde Apiano y Dión; Camoens es utilizado como fuente histórica informativa para sucesos del Oriente

coetáneos del poeta; Ercilla es aprovechado en la Historia de Chile, desde el padre Ovalle; el Poema del Cid es recurso indispensable para toda historia del siglo XI español» (Menéndez Pidal, NRFH, 128).

Los cantares de gesta medievales son aprovechados en las crónicas. A veces quedan en verso largos conjuntos de palabras hasta con la *e* paragógica; otras, es el aire, el tono, el que delata el origen.

«En Castilla, la poesía épica es una forma de la historia, y la historia, una prolongación de la epopeya» (Menéndez Pelayo, XI, 78).

2. En cambio, las *chansons de geste* francesas son tan poco veristas, que Edmond Faral las llama «novelas de caballería en verso».

Y es natural que sean eso: la principal figura de esa épica, Roldán, muere el 15 de agosto de 778; y la *Chanson de Roland* se escribe a comienzos del siglo XII, sólo unos pocos años antes del *Poema del Cid*.

Y la épica germánica canta personajes y sucesos más lejanos todavía: los burgundas, Atila (Etzal), Teodorico rey de los ostrogodos de Italia.

Pero las *chansons de geste* no sólo se escriben muchos años o siglos después de la época de la acción: revelan despreocupación historicista y geográfica;

La geografía del *Roland*, por ejemplo, es fantástica; eso fuera de que sus personajes suelen bordear lo monstruoso; y la acción, con frecuencia, lo imposible.

|Y cuando alguna *chanson* se gasta geografía correcta, es porque se escribió en España o a imitación de alguna obra española: *Anséis de Cartage*, aprovechamiento de la leyenda de Rodrigo el último rey godo; y *Maïnet*, variación de la historia y la leyenda de los amores de Alfonso VI con la mora Zaida.

3. De los poemas castellanos de la lista dada al comienzo, sólo tres han llegado hasta nosotros en forma de cantar de gesta:

*el Poema de mío Cid,  
un fragmento del Roncesvalles  
y Mocedades de Rodrigo.*

Los demás hay que rastrearlos en las crónicas en cuya prosa se diluyeron sus versos; y, más tarde, en los romances.

Los cantares de gesta se escribían en series o tiradas de un número indefinido de versos anisosilábicos, unidos todos por una misma rima asonante y divididos cada uno en dos hemistiquios, hemistiquios que fluctuaban entre 5 y 9 sílabas; pero que, por influjo del mester de clerecía, poco a poco fueron pasando del anisosilabismo a cierta regularidad silábica. Sin embargo, en vez de las 7 sílabas del mester de clerecía, mostraron preferencia por las 8 sílabas.

Véase el cuadrado en que Menéndez Pidal marca esa evolución:

| <u>Gesta</u>                                                                                                  | Hemists. de<br>de 7,6 ó 5<br>sílbs. | Hemists. de<br>de 8 a 9<br>sílbs. |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------------------------------|-----------------------------------|
| <i>Mío Cid</i> , hacia 1140 . . . . .                                                                         | 64.22%                              | 30.28%                            |
| <i>Roncesvalles</i> , 1. <sup>er</sup> tercio del siglo<br>XIII . . . . .                                     | 57.34%                              | 36.77%                            |
| 2. <sup>o</sup> <i>Cantar de los Infantes de Lara</i> ,<br>fines del s. XIII o comienzos del<br>XIV . . . . . | 45.29%                              | 41.39%                            |
| <i>Mocedades de Rodrigo</i> , principios del<br>siglo XIV . . . . .                                           | 41.32%                              | 46.90%                            |

Es el camino al verso del romance, de 8+8 sílabas. El anisosilabismo de la épica española primitiva no es sino una supervivencia románica que también se da en otras literaturas (Hills, *Irregular epic metres*).

En cuanto a la rima, «la asonancia épica española consideraba equivalentes los asonantes agudos como *ciudad*, y los llanos con una *e* final, como *padre*. Así, eran buenos asonantes *llamar*, *más*, *tales*, *dan*, *cabdales*, lo mismo que *son*, *colpes*, *sacó*, *nombres*, *arazón*, o bien *servir*, *aquí*, *Esidre*. La desigualdad se nivelaba añadiendo una *e* a las formas agudas: *cibdade*, *llamare*, *mase*, o bien *sone*, *arzone*, etc.» (Menéndez Pidal, RFE, 1933, 346).

Esa *e*, en palabras como *cibdade*, *llamare*, era etimológica; en otras, fué simplemente paragógica. Y cuando dejó de ser forma efectiva del lenguaje, se la conservó por simple arcaísmo.

La épica española medieval tiene otro carácter distintivo, también originado en la historia: su castellanismo. Y, naturalmente, su fobia más frecuente es el antileonesismo.

Y si el del Carpio es leonés, es porque es héroe fabuloso; y además es un súbdito ofendido y malcontento en pugna con su rey (rey de Asturias). Y, por fin, es campeón del concepto de independencia hispánica, para lo que une a castellanos, leoneses, navarros, vascones y aún a los moros de Zaragoza. Representa el sentimiento nacional contra Francia: es el anti-Roldán.

4. De los cantares de gesta españoles, el de más categoría es el *Poema de mío Cid*. Además, corresponde al tema tratado con más insistencia.

Ensayemos un apunte sobre la personalidad histórica del héroe.

Era un hidalgo de los (entonces) límites entre Castilla y Navarra, de Vivar, aldeíta a nueve kilómetros al norte de Burgos. Descendía, por su padre, Diego Laínez, de uno de los jueces de Castilla; y por su madre, de un conde o gobernador de Asturias. Era de claro linaje, aunque no de primera nobleza.

Se llamaba Ruy Díaz. Había nacido tal vez en 1043. Había crecido en la corte del primer rey de Castilla, don Fernando (1035-1065), como compañero de estudios, trabajos y juegos del infante don Sancho.

Antes de morir, don Fernando dividió el reino entre sus tres hijos varones:

al menor, García, le dejó Galicia y el territorio de lo que en esos tiempos era Portugal, más las parias que pagaban dos reinos moros de taifas: los de Sevilla y Badajoz; al segundo, Alfonso, el reino de León, y como zona de influencia, el reino moro de Toledo, cuyo rey Mamún le pagaba parias a cambio de protección; y al primogénito, Sancho, el ahora reino de Castilla, con su natural zona de influencia: el reino moro de Zaragoza.

«A las dos hijas, Urraca y Elvira, no dió el emperador ninguna tierra, sino el señorío de cuantos monasterios había en los tres nuevos reinos» (Menéndez Pidal, *El Cid...*, 25).

Rey ya don Sancho, Ruy Díaz de Vivar es alférez y jefe militar de Castilla y factor principal de las victorias unificadoras y de recuperación de Sancho II el Fuerte (1065-1072).

De esos años data su dictado de *Campeador*.

García es desposeído de su reino de Galicia (1071).

Y al año siguiente (enero de 1072), es destronado el rey de León, Alfonso, que, acompañado de su ayo Pedro Ansúrez, se refugia en la corte toledana de su ex tributario Mamún.

Cuando Alfonso todavía era rey, había cedido a su muy querida hermana Urraca la ciudad de Zamora. Ahora Sancho la sitia; pero (octubre de 1072) muere asesinado por Vellido Dolfos.

Le sucederá—en Castilla, León y Galicia—su hermano Alfonso. Pero, antes, el Campeador, en nombre de Castilla, exige a Alfonso juramento de no haber tenido parte en la muerte de su hermano. Asistido de doce *compurgatores*, el candidato jura (tres veces, según derecho y según los romances). Es la jura de Santa Gadea (iglesuela de un apartado barrio de Burgos).

Político, Alfonso casa al Campeador con una dama asturiana de estirpe real: Jimena Díaz, bisnieta de Alfonso V de León y sobrina del mismo Alfonso VI. Pero, en adelante, el Campeador será uno de tantos en el reino castellanoleonés.

En cambio, el inepto García Ordóñez no perderá el favor real sino con la muerte.

A fines de 1079, envía Alfonso a Ruy Díaz a cobrar las parias a Motámid de Sevilla. Motámid manda el reino moro más rico de la península, y es poeta y se rodea de una corte de poetas. Está en guerra con Abdállah Modáffar, de Granada, a quien ayudan, no se sabe bien por qué, García Ordóñez y otros caballeros cristianos. Entre los yemeníes hispanizados de Sevilla y los ziríes berberiscos de Granada había una vieja rivalidad.

Naturalmente, Rodrigo se coloca de parte de Motámid, tributario de su rey; derrota a los enemigos y

prende en Cabra a García Ordóñez y le hace la gravísima injuria de mesarle la barba.

Agradecido, a las parias para el rey agrega Motámid ricos dones para el eficaz embajador, que, en mayo de 1080, ya está de regreso en Burgos.

Pero Ruy Díaz no tarda en salir desterrado:

Causas: a) Ruy Díaz había sido *criado* de Sancho, infante, y luego, alférez de Sancho, rey; por lo tanto había actuado desde niño en un bando rival de Alfonso;

b) Jura de Santa Gadea;

c) Injuria a García Ordóñez en Cabra, que provoca la acusación calumniosa de que el Cid se ha quedado con parte de las parias cobradas en Andalucía;

d) En una de las expediciones preparatorias de la toma de Toledo, el Cid ha quedado en Castilla, enfermo. Unos moros atacan el castillo de San Esteban de Gormaz. Rodrigo los persigue y regresa hasta con siete mil moros cautivos. A los *mestureros* del séquito del rey no les cuesta mucho tergiversar los hechos y provocar la ira, ya preparada, de don Alfonso VI (1081).

Rodrigo sale de Vivar, y después de pasar por un Burgos de puertas cerradas para él, en San Pedro de Cardena se despide de Jimena y de sus hijos: Diego, Cristina-Elvira y María-Sol. (El poema no menciona sino a las hijas).

Lo acompañan Alvar Fáñez, Martín Antolínez, Alvar Saldadórez, Pedro Bermúdez, Félez Muñoz, Alvar Alvarez y otros caballeros. Al salir de Castilla ya cuenta trescientas lanzas.

Los primeros meses de destierro no son fáciles. Pero su protectorado sobre Mutamin de Zaragoza, y su



primera victoria sobre el conde de Barcelona (1082), lo acreditan y enriquecen.

Mientras tanto, en Toledo, muerto Mamún (1075), le correspondía reinar a su nieto Alcádir, que no tenía energía suficiente para ello. Así, Alfonso, que ha hecho avanzar la frontera cristiana hasta el Tajo, se ha enzarzado en una guerra que, al mismo tiempo que de reconquista, es de ayuda a Alcádir.

Cae Toledo en poder de Alfonso (25 de mayo de 1085). Pero no es posible devolver la ciudad que fué la capital de los visigodos, al débil Alcádir: que se contente con Valencia, a donde va a entronizarlo Alvar Fáñez.

La toma de Toledo marca el fin de los triunfos de Alfonso.

El hecho ha alarmado a los reinos de taifas, que llaman al emperador de los almorávides. Acude Yúsuf con sus tambores, sus camellos y sus ejércitos cohesionados y fanáticos, y deshace a Alfonso VI en Sagrajas (1086); y si interrumpe su marcha triunfal, es porque en el mismo campo de batalla ha recibido de Marruecos aviso de la muerte de su hijo.

Mientras tanto, después de dos efímeras reconciliaciones con Alfonso (1083, 1087), Rodrigo regresa a su natural campo de acción levantino. Se instala en el llamado Poyo del Cid (Puig, provincia de Teruel) y en nombre de su rey somete a parias (1089) a Santa María de Albarracín, Alpuente y Valencia, desde cuyo arrabal de Alcudia percibirá 1,000 dinares semanales.

Con motivo de no haber alcanzado a reunirse al emperador para la defensa del castillo de Aledo, vuelve a caer en desgracia (1089), y la ira real es tal que no se detiene ni ante la prisión de doña Jimena e hijos.

Y cuando parecía que el Cid iba a quedar solo, se rehace como por milagro, vuelve a derrotar al conde de Barcelona, ahora en los pinares de Tévar (1090), y le gana la espada Colada, vuelve a recibir parias de los Beni Hud de Zaragoza, y además, de Albarracín, Alpuente, Murviedro, Segorbe, Jérica, Almenara, Liria y Valencia.

Pero los éxitos del Cid no hacen más que disgustar al rey. Así, un nuevo perdón conseguido por los buenos oficios de la reina Constanza, no podía ser duradero.

Ben Axiya, hijo de Yúsuf, se toma a Murcia y rinde (1091) por hambre el castillo de Aledo, y amenaza avanzar.

El Cid se fortifica y aprovisiona en Benicadell (Peña Cadiella), reanuda alianza con los reyes de Zaragoza y Aragón; tala las tierras del tan ambicioso como inepto García Ordóñez; y vuelve a obtener el perdón de su señor.

Pero su ausencia de Valencia le ha sido perjudicial. Los caballeros cristianos instalados en Alcudia y el obispo mozárabe han huído como gente sin caudillo. La cabeza de Alcádir ha sido paseada ensartada en una pica (octubre de 1092). Ahora manda en la ciudad una especie de república presidida por el siniestro Yehhaf.

Rodrigo regresa, y ahora con el carácter de vindicación del regicidio, emprende la conquista de la ciudad.

Comienza por tomar y levantar, junto a Valencia, un baluarte especial en Juballa (julio de 1093) y aumenta sus bases o baluartes con los de Villanueva y Alcudia, fuera del barrio mozárabe de Rayosa.

Le ayudan el rey moro de Albarracín y el rey de Aragón.

Los sitiados sufren. El cahiz de trigo que el 23 de

noviembre de 1093 tenía un precio equivalente a 160 pesetas, tres meses después vale 1,312; el 21 de marzo de 1094 ha subido a 5,692 pesetas; y el 20 de abril está en 11,385. Un ratón es manjar de privilegiados. Los pobres deben contentarse con cadáveres humanos.

Valencia se rindió. Ya no quedaban dentro sino cuatro cabalgaduras.

El 15 de junio de 1094 entra el vencedor en la ciudad.

|Traslada a Valencia a su mujer y a sus hijos.

Y a los almorávides que acuden, los rechaza en el Cuarte victoriosamente, «a guisa de varón»; y les gana rico botín.

Previo juramento de no haber tenido parte en la muerte de Alcádir, Yehhaf continuará de cadí en Valencia.

Pero, descubierto con el ceñidor de Zobeida el cuerpo del delito, el cadí fué ajusticiado (mayo de 1095); la enseña del Cid ondeó en el alcázar valenciano; y las riquezas guardadas por el perjurio fueron repartidas entre los cristianos.

«Valencia—dice ibn Bassam—era para Yúsuf como una mota en el ojo».

Para colmo, en Bairén su sobrino Mohhámad vuelve a demostrar ante el Cid (1096) la impotencia ya demostrada en el Cuarte dos años antes.

Y aunque los almorávides derrotan a su sobrino Alvar Fáñez en Cuenca y a su rey Alfonso en Consuegra y le matan a su hijo único, Diego (1097), que ha enviado a guerrear junto a Alfonso, el Cid tiene todavía energía para vengar la muerte del hijo, tomando a Almenar (1097) y a Murviedro (1098); y Valencia—su Valencia, Valencia la del Cid—permanecerá en su poder mientras él viva.

Pero, hombre que no economizó esfuerzo, se desgastó antes de lo esperable.

Murió el Cid el 10 de julio de 1099, en los mismos días en que los cristianos de la primera Cruzada entraban a Jerusalén.

La suya había sido otra cruzada, más heroica y más admirable. «Las cruzadas contaban con el apoyo de toda Europa, mientras el Cid no disfrutó ni siquiera el apoyo de su rey Alfonso» (Menéndez Pidal, *El Cid...*, 297).

Había realizado sus hazañas casi solo; y si no las ganó realmente, en el aprecio universal por lo menos ha continuado ganando batallas después de muerto.

Viuda, doña Jimena se sostuvo tres años frente a los almorávides, en los últimos meses ayudada por el rey; y cuando vió que era imposible prolongar más la resistencia, regresó a Castilla con el ceñidor de la sultana Zobeida, las espadas Colada y Tizona y otras joyas y, sobre todo, con los restos de Rodrigo, que guardó en San Pedro de Cardena, donde se refugió también ella. (En 1928, esos restos fueron trasladados a la catedral de Burgos).

«Las conquistas del Cid duraron lo que su vida...; pero el efecto moral fué grandioso y trascendió a toda la cristiandad» (Menéndez Pelayo, XI, 303-304).

«Entonces, todos los príncipes, castellanos, leoneses o borgoñones, que se batían en vanguardia sobre nuestro suelo, sufrieron durante veintitrés años continuos desastres en Sagradas, Almodóvar, Jaén, Lisboa, Consuegra, Malagón, Uclés... Sólo el Cid halló inmediatamente la nueva táctica; sólo él deshacía y cautivaba los ejércitos de los caudillos del Sahara en el Cuarte y en Bairén; sólo él inmovilizaba de miedo a Yúsuf en Africa y hacía retroceder a Abú Béker antes

de llegar al encuentro; sólo él conquistaba contra los almorávides Valencia, Almenara y Murviedro» (Menéndez Pidal, *El Cid...*, 300).

Simple infanzón, moldeó fronteras y reinos.

Fué un varón providencial.

Un Rodrigo había perdido a España; otro Rodrigo la recobraría.

¡Y no sólo salvó a España. Baluarte de la cristiandad contra el islam y de occidente contra oriente, salvó a Europa.

Hasta los musulmanes sintieron su grandeza:

«Rodrigo—maldígale Dios—vió sus banderas favorecidas por la victoria, y con un pequeño número de guerreros aniquiló ejércitos numerosos», dijo una vez ibn Bassam.

Y en otra parte:

«Azote de su época, fué, por la habitual y clarividente energía, por la viril firmeza de su carácter y por su heroica bravura, un milagro de los grandes milagros del Señor».

Pero no fué Castilla la primera que lo glorificó: la antigua verdad de que nadie es profeta en su tierra mientras no venga consagrado desde afuera, «no tiene más excepción que las de los profetas lugareños, las eminencias caseras, famosísimas desde luego en su país, pero sólo en él».

Por lo demás, el Cid había asociado a sus empresas a hombres de toda España.

5. El Cid es el héroe más cantado por la épica española.

Un *Carmen Campidoctoris*, escrito en vida del protagonista, antes de 1093, no en Castilla sino tal vez en tierras de Lérida, es el primer canto en su honor.

Se conserva, incompleto, en el monasterio de Ripoll.

Las fuentes islámicas primitivas (el valenciano ibn Alcama, c. 1110, o el portugués ibn Bassam, 1109) le son naturalmente adversas. Pero ya la *Historia* o *Gesta Roderici Campidocti*, escrita en prosa latina unos 11 años después de la muerte del Cid y publicada en 1792 por el P. Manuel Risco, agustino, se sitúa dentro del mismo clima admirativo iniciado por el *Carmen* de antes de 1093.

Hacia 1140, y en tierras sorianas de las inmediaciones de Medinaceli, un poeta que podemos suponer mozárabe escribe el principal monumento literario español medieval: el *Poema de mío Cid*.

Por la misma época debió de componerse el *Cantar de Sancho el Fuerte y Cerco de Zamora*, donde el Cid aparece como leal vasallo de don Sancho.

Otro *Carmen* latino, esta vez sobre la conquista de Almería (1147), menciona elogiosamente al Cid como alguien *de quo cantatur*.

Mientras tanto, su fama ha pasado las fronteras. Ya en 1099, en un monasterio francés se anota: «*In Hispania, apud Valentiam, Rodericus comes defunctus est, de quo maximus luctus christianis fuit et gaudium paganis*».

Y la épica germana lo calca en el Rüdiger, personaje que desde entonces figura en el *Biterolf* y en los *Nibelungos*.

El poema de hacia 1140, como todo buen cantar de gesta, canta hazañas de madurez.

Pero cuando se van agotando, de un lado la capacidad del público para interesarse en hazañas veristas, de madurez, y de otro, la capacidad de los juglares para inventar nuevos temas, se inventan mocedades fabulosas.

El tema Cid no se libra de esa ley fatal. Y así, desde temprano, va sufriendo la decoración de una serie de adiciones hiperbólicas y que sitúan al héroe en el país de la Fanfarronería, tan aborrecible al juglar del poema de hacia 1140.

Ese hipertrofismo ya deforma un poco la *Primera Crónica General* (1289) y algo más la *Segunda Crónica General* o *Crónica de 1344*, la *Crónica Particular del Cid*, la *Crónica de San Juan de la Peña* y otras, fuera del tardío cantar de gesta titulado *Mocedades de Rodrigo*, de principios del siglo XIV.

A pesar de sus *mocedades*, ese cantar es trascendental, porque de él deriva la mayoría de los romances cidianos y luego, de él y de esos romances, las visiones de los dramaturgos, desde Juan de la Cueva (1579), Guillén de Castro, Lope de Vega, Vélez de Guevara y Corneille, hasta Hartzenbusch (1845).

Pero la *Crónica de Veinte Reyes de Castilla*, de hacia 1360, prosificó una refundición muy cercana al poema primitivo de hacia 1140.

El juglar del *Abad don Juan de Montemayor* (siglo XIV) también imita dos pasajes del poema primitivo: la fuga del rey Búcar y la oración de doña Jimena.

6. El texto del *Poema de Mío Cid* se conserva en el llamado códice de Pidal, o de Vivar, un manuscrito hecho tardíamente, en 1307, pero con espíritu arcaizante, por un tal Per Abbat (Pedro Abad), que se sirvió de un texto antiguo, pero que, probablemente, no era el original de hacia 1140.

Consta de 3,730 versos anisosilábicos distribuidos en 152 tiradas o series asonantadas monorrimas.

Se lo divide en partes o cantares:

Cantar primero (tiradas 1 a 63, vs. 1 a 1068):  
*Destierro del Cid*;

Cantar segundo (tiradas 64 a 111, vs. 1069 a 2277):  
*Bodas de las hijas del Cid*; y

Cantar tercero (tiradas 112 a 152, vs. 2278 a 3730):  
*La afrenta de Corpes*.

Le faltan al códice una hoja en el comienzo y dos hojas más en el interior.

De las crónicas, ya hemos visto que la más fiel al texto antiguo del poema es la de *Veinte Reyes de Castilla*.

En la tirada 140 del poema, el Cid enrostra a García Ordóñez, de un modo análogo a esa crónica, la afrenta de Cabra.

Conclusión: la tal afrenta debió de figurar en la hoja inicial perdida de un modo semejante a como la refiere en castellano la *Crónica de Veinte Reyes de Castilla* (c. 1360) y ya lo había referido en latín la *Historia Roderici Campidocti*. Y eso y otras analogías nos dan derecho a llenar las lagunas del poema con los párrafos correspondientes de la *Crónica de Veinte Reyes de Castilla*, que, arcaizante como Per Abbat, prosificó un texto que suponemos muy próximo al del cantar primitivo.

El poema permaneció ignorado hasta que en 1779 lo dió a la imprenta don Tomás Antonio Sánchez, adelantándose años a la publicación de la *Chanson de Roland* y a la difusión de los *Nibelungos* y del *Roland*.

Vargas Ponce (1791) le encontraba «exquisito favor de antigüedad» y comparaba sus epítetos con los homéricos. Pero hacía falta el advenimiento del Romanticismo sobre todo escocés y alemán—de Southey, Hallam; F. Schlegel, F. Wolf—para que la admiración invadiera al público.



En los tiempos románticos, el hombre de habla española que le dedicó más afanes fué nuestro don Andrés Bello.

Pero son los estudios de don Manuel Milá y Fontanals (1874), don Marcelino Menéndez Pelayo y sobre todo don Ramón Menéndez Pidal los que han formulado el verdadero credo del cidismo literario e histórico.

La producción eruditocrítica de don Ramón ha tenido como centro la épica, con lo cual ya está dicho que su tema favorito ha sido el Cid.

Ha establecido el texto del poema (1898, 1908-1911, 1913), ha estudiado su gramática, su vocabulario, sus relaciones con las crónicas, la historia y la geografía; y ha trazado la historia del protagonista en el mundo de su tiempo (*La España del Cid*, 1929; y en comprimido, *El Cid Campeador*, 1950).

Los extranjeros no han permanecido indiferentes ante estos trabajos, y desde diversos países estudiosos distinguidos se han sumado a la hermosa tarea.

Y no solamente lo han estudiado: lo han traducido a sus respectivas lenguas. Y así hoy podemos leer el viejo poema en alemán (trad. de O. L. Wolff, Jena, 1850); en francés (trads. de Damas Hinard, París, 1858; y E. Merimée, París); en sueco (trad. de C. G. Estlander, Helsingfors, 1863); en inglés (trad. de Archer M. Huntington, N. York, 1897-1903); en italiano (trads. de G. Bertoni, Bari, 1912, y D. Coltelli, Lanciano, 1927); en portugués (trad. de A. Lopes Vieira, Lisboa, 1927).

Por su parte, Alfonso Reyes ha hecho una versión del poema en gallarda prosa castellana moderna (1919), y luego han seguido su ejemplo: en prosa, Ricardo Baeza (1941); en semiprosa, José Bergua

(1934); y en sabroso romance tradicional, Pedro Salinas (1926) y Luis Guarner (1940).

Esta difusión del venerable poema en nuestros días ha provocado, entre otras, dos obras artísticas de gran jerarquía: la joyita épico-lírica de Manuel Machado titulada *Castilla*; y el drama *Las hijas del Cid*, que Eduardo Marquina concibe al leer aquello de la afrenta de Corpes: *¡Si ploguiesse al Criador que assomas-se essora el Cid Campeador!*

7. La tesis de Bédier respecto a los autores de las *chansons de geste* francesas es la de que fueron escritas por clérigos de los monasterios que resultan especialmente ensalzados en cada *chanson*.

Esta teoría no se puede aplicar en el caso del *Poema de mio Cid*. El monasterio más enaltecido es el de San Pedro de Cardaña, pero no se escogió arbitrariamente o por razones del corazón sino porque fué realmente, primero la residencia temporal de doña Jimena y sus hijos pequeños, y más tarde el lugar de retiro de la vejez de doña Jimena.

Si el autor hubiera sido de Cardaña, habría pintado más detallada y complacidamente el lugar y no habría trocado el nombre del abad coetáneo del Cid, San Sisebuto, por el de don Sancho.

Por otra parte, no fué la de San Pedro, patrono de Cardaña, sino la de la Virgen María, la devoción del Cid.

Indudablemente el autor había nacido y vivido en el sector entre San Esteban de Gormaz y Luzón, tal vez en Medinaceli, o muy cerca de allí, centro que describe con cariño, conocimiento y hasta majadera insistencia. Al sureste tal vez alcanzó hasta Molina; al este, hasta Calatayud; al oeste, hasta Castejón; al

noroeste, hasta el robredo de Corpes, junto a San Esteban. De ahí no salió.

Medinaceli fué conquistada definitivamente por los cristianos en 1120.

El juglar autor nacería por esos años o, mejor, un poco antes (con lo cual podríamos calificarlo de mozárabe), en Medinaceli o muy cerca, en ese valle del Arbujuelo, afluente del Jalón y punto tan central en la geografía del poema; y su poema lo recitaría en la plaza de Medina, importante centro de concurrencia y mercado.

Explotó una tradición local e hizo de ella un episodio trágico de patetismo eficaz.

En esa tierra, fuera de la afrenta de Corpes, no ocurre ninguna acción importante del poema.

Los personajes viajan por muchas partes de España, sin que se nos den detalles de sus itinerarios; pero apenas pasan por el sector familiar al juglar, y ya lo tenemos complaciéndose en detalles exactos, pintorescos o... superfluos.

«Toda la verdadera historia del Cid como reconquistador, esto es, el largo y penoso asedio de Valencia, con la toma de Jérica, Onda, Almena, Burriana, Murviedro y Peña Cadiella, la despachara el juglar en 130 versos; en cambio, gasta 450 en referirnos la toma y abandono de dos lugarejos fronterizos como Castejón y Alcocer... situados en dos regiones próximas a Medinaceli, donde se contaría por tradición oral la hazaña del Cid en ambos lugarejos» (Menéndez Pidal, CCasts., 25-26).

«La afrenta de Corpes, episodio central de toda la acción del poema, es también desconocida de la historia y pertenece a la tradición local de San Esteban de

Gormaz, pueblo situado a jornada y media de Medinaceli» (*ibid.*, 26).

Mientras no menciona ni a Mutamin ni a Mostain de Zaragoza, ni a ben Yehhaf ni a ben Ayixa, hijo de Yúsuf, ni a otros notables musulmanes con los que tuvo que ver, cuenta entre los principales personajes a Abengalbón, porque vivía a una jornada de Medinaceli.

Más todavía: la tirada 128 menciona a «Griza que Alamos pobló» y alude a cierto encierro de una tal Elfa (¿una o un?), recuerdos oportunos sólo para oyentes del sector de marras.

El poema tiene, pues, carácter marcadamente local.

A los oyentes del juglar no interesan historias y geografías que no les dicen nada a su experiencia ni a su recuerdo.

La relación entre las distancias y el tiempo gastado en recorrerlas es correcta dentro del sector indicado; pero en la parte valenciana incurre en distracciones de cronología y geografía; y es que, cuando se aleja de tierras cercanas a Medinaceli, comienza a vacilar, vaguear o sencillamente a equivocarse en lo tocante a toponimia e historia.

Lo que no vacila nunca es su instinto artístico, siempre a la altura de los mayores que ha habido.

#### 8. ¿En qué año se escribiría el Poema?

Desde luego, la confusión, al tratar del matrimonio de una de las hijas, de los conceptos rey de Aragón y conde de Barcelona, nos dice que el poema se escribió después de 1137, año de la unión de Barcelona y Aragón en la persona de Ramón Berenguer IV.

Don Ramón Menéndez Pidal cree que podemos fijar hacia 1140 la fecha de composición.

Razones:

a) Ante todo, el verismo, relacionable con la coetaneidad.

«Nos hace suponer para la composición del poema una época muy cercana a la muerte del héroe la extraordinaria abundancia de recuerdos exactos, referentes a los personajes que toman parte en la acción» (Menéndez Pidal, *Cantar...*, III, p. 1168).

b) Se escribe en tiempos de un rey cuyo nombre no se menciona sino como *el emperador, el buen emperador*. Es Alfonso VII (1126-1157), hijo de Raimundo de Borgoña y de Urraca y nieto de Alfonso VI.

La proximidad en el tiempo es también la que permite al autor no decirnos qué relación había entre Gonzalo Ansúrez (padre) y Asur González (hijo); ni cuál era la relación entre García Ordóñez y su cuñado Alvar Díaz. El auditorio la sabía.

c) El nombre de *Campeador* comenzó a dársele a Rodrigo en Castilla allá por 1066. El de *mío Cid* es más tardío y parece habersele comenzado a aplicar por sus vasallos en el levante.

Y «el hecho de que el Poema de la conquista de Almería, escrito hacia 1150 en la corte castellana, probablemente en Toledo, no use el nombre castellano de *Campeador* sino que recuerde el popular levantino *mío Cid*, es indicio de que se lo impone un cantar famoso (*de quo cantatur*) y, por fortuna, ese cantar nos es conocido» (Menéndez Pidal, *Cantar...*, III, p. 1170).

ch) Desde 1123, los almohades de Montes Claros (comarca africana que se extiende al sur del Atlas) guerreaban contra el emperador almorávide, hasta que lo mataron (en 1145). Entonces pudieron tomarse a

Marruecos, Orán, Tremecén y Fez y pasar, ese mismo año, a Andalucía.

Como el v. 1082 alude a la guerra que a los almorávides hace el rey de Montes Claros (o sea, los almohades), el poema es anterior a 1145.

d) «El estado jurídico y social reflejado en el poema se acomoda mejor al siglo XII que a principios o mediados del siglo XIII» (Menéndez Pidal, *Cantar...*, p. 1165).

e) «Los verbos auxiliares *aver* y *ser* no pueden comenzar la frase, mientras que en Berceo ya pueden hacerlo».

(Berceo debió de nacer hacia 1198. Vivía todavía en 1264).

f) «El emperador Alfonso VII y el príncipe de Aragón, conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, hacen, por febrero de 1140, una alianza cuyo objeto era destronar al rey García Ramírez de Pamplona y repartirse el reino de Navarra. El emperador lleva un ejército a Nájera para comenzar la guerra, pero acierta a pasar por allí el conde de Tolosa de Francia, que va peregrino a Santiago, y haciendo de mediador, logra que el emperador y el rey García Ramírez se avisten junto a Calahorra, el 24 de octubre, y hagan las paces; el rey navarro se reconoce vasallo del emperador, y su hija, Blanca, aún niña, se desposará con Sancho, hijo, también niño, del emperador. Estos felices esponsales en que abortaba la temida guerra conmovieron gratamente a España... y el poeta del Cid, sabiendo que el rey navarro García Ramírez era, por su madre, nieto del campeador, y que la biznieta Blanca entraba a la familia del Emperador Alfonso VII, halló la fórmula lapidaria en el verso *Oy los reyes d'España sos parientes son*; además, recordando que el

príncipe de Aragón, conde de Barcelona, y su hermana Berenguela, la emperatriz de Castilla, eran hijos de Berenguer III, que estuvo casado en primeras nupcias con otra hija del Cid, simplificó esto popularmente, imaginando que las dos hijas del héroe habían casado con los infantes de Navarra y de Aragón, y lo magnificó suponiendo que habían sido reinas en esos dos reinos» (Menéndez Pidal, NRFH, ps. 116-117).

g) Agregó, por mi cuenta y sin darle gran importancia, una razón más: en 1143 reconoció el emperador a Alfonso Henríquez (o sea, al hijo de doña Teresa y del conde don Enrique del poema), como rey del nuevo reino de Portugal.

Si el poema hubiera sido escrito en 1143 o después, ¿no habría indicado su autor que Montemayor, el lugar donde mandó Martín Muñoz, estaba en el Portugal?

(Concluirá)